

**JOHN D.
MacDONALD**

**La isla
Bernard**



Bernard Island es una isla semivirgen, paradisíaca, de gran valor ecológico. Sobre ella se cernirá la oscura y desmesurada ambición de Tuck Loomis, rico especulador. Pero en su camino encontrará la oposición inexorable de un hombre honesto: Wade Rowley. Desde ese instante, la novela progresa en acción e intriga. John D. MacDonald en esta excelente obra emplea todos los recursos del género negro para desarrollar esta trama de gran actualidad.

Al cebar con queso una ratonera, deja siempre sitio para el ratón.

SAKI

1

Un ave nocturna que regresaba de una de las islas lanzó un grito áspero y quejumbroso al pasar cerca de un yate pequeño anclado muy al sur del canal. Su sonido arrancó del sueño al propietario del mismo, haciéndole pasar bruscamente de sus sueños a un momento de confusión antes de ordenar su mundo en las pequeñas realidades de tiempo y espacio.

Yacía desnudo sobre las sábanas, sudoroso y con una intensa migraña en algún lugar detrás de su ceja izquierda. El mar estaba tan calmado que no podía detectar movimiento en él, ni oír el menor chapoteo del agua contra el casco de fibra de vidrio del *Thelma III*. Oyó que se iniciaba un zumbido y supo que se trataba del refrigerador. La mujer, en la otra litera, emitió un profundo ronquido y reanudó su sueño tranquilo.

Loomis se levantó y avanzó hacia los dos peldaños y la escotilla, y salió a cubierta. Había más luz bajo las estrellas invisibles. La niebla matinal las oscurecía. Al este, en la dirección de Florida, había la primera sugerencia del amanecer, una lejana línea roja, estrecha como una aguja, a lo largo del borde acuático del Mississippi Sound, cercana al infinito, cercana al borde del mundo, allí donde, si las cosas estuvieran debidamente dispuestas, uno podría caerse. O empujar a otro más allá. O enlazar las manos con otra persona y saltar.

Buscó en los imbornales hasta encontrar su empapado bañador rojo, abandonado apenas hubo animado y convencido a Helen Yoder para que ésta se quitara el traje de

baño blanco y negro que él le había prestado. Se puso el bañador y se lo ajustó en la cintura. Aunque en toda la tierra no quedara ni una sola persona con vida, un hombre siempre se sentía más a sus anchas con algo de protección entre sus posesiones privadas y los dientes de las criaturas de las profundidades.

Tucker Loomis subió trabajosamente al yugo de popa, permaneció breves momentos en la pequeña plataforma de caoba, y después se sentó y sumergió las piernas en el mar, tibio como una sopa, dejándose deslizar hacia él, satisfecho de esa oportunidad de desprenderse del agrio sudor de la noche calurosa y del exceso de bebida. Este exceso rara vez se producía. No era un problema. Pero últimamente las presiones se hacían intensas. Era necesario vigilar la correlación. Si la bebida aumentaba junto con la presión, llegaba el momento de dejar la primera. Mientras describía a nado un lento circuito alrededor de su pequeño yate, vació la vejiga en el mar estival, creando un nuevo calor en su tibieza. Un ejemplo notable de contaminación del entorno. Probablemente dirían, diez meses y tres días más tarde, que podía sacarse un cazo de agua en Sydney Harbor, llevarlo a un laboratorio y descubrir que una parte en cuarenta billones era orina de resaca, procedente del viejo Tuck Loomis, uno de los grandes contaminadores de esa tierra de Dios. Y utilizando procedimientos realmente sofisticados, tal vez pudieran averiguar que esa agradable meada al amanecer había tenido su origen en un par de botellas del mejor champán ofrecido por Perrier. Tal vez a ochenta dólares la botella en el mejor restaurante. Flores preciosas en la botella. Ciertamente, aquel viejo senador hizo buen uso de él en la *suite* de Nueva Orleans, el pasado mes de abril.

Por tres veces describió la vuelta alrededor de la embarcación, y cuando se izó de nuevo a bordo, la angosta línea roja era una ancha franja rosada, y había menos neblina sobre su cabeza. Se quitó el bañador, lo escurrió y lo extendió sobre el respaldo del asiento de pesca, para que se secara.

Cuando bajó en busca de una toalla limpia, Helen Yoder estaba sentada en su litera, rodeando sus piernas con los brazos y apoyando la frente en las rodillas. Alzó la cabeza, le miró y volvió a bajarla. Sus cabellos, de un rubio oscuro, formaban una densa maraña.

—Y también una feliz y alegre mañana para ti, capullito —dijo él.

—Cierra esa boca, Tuck. ¿Vale?

—¿Tan mal nos encontramos?

Ella no contestó. Él se arrodilló y sacó una toalla del cajón situado debajo de la litera de ella. Entraba ya suficiente luz gris a través del pequeño ojo de buey como para formar un brillo plateado en las atractivas líneas de la espalda y los hombros de la mujer. Se sentó en la litera, detrás de ella y se frotó con la toalla la gris e hirsuta pelambreira de su pecho y la espesa mata de cabellos blancos en su voluminoso cráneo. Se inclinó hacia adelante, apartó los cabellos de ella y le dio un beso ruidoso en la nuca.

Ella se estremeció, se dio la vuelta y se sentó hacia el otro lado de la litera, mientras se tapaba el regazo con la sábana.

—No. No, gracias.

—Se trataba tan sólo de darte los buenos días.

El rostro de ella permanecía en la sombra. La gris claridad del alba producía un reflejo húmedo en la curva de su pecho izquierdo.

—¿Dónde estamos, Tuck? ¿Otra vez en el muelle?

—Bastante lejos en los arenales, cariño. Cosa de unas diez millas. A media milla ante Bernard Island. Con calma chicha.

Con los dedos de ambas manos, ella se peinó hacia atrás sus enmarañados cabellos.

—¡Jesús, Tucker! Eso es una lata. ¿Y si Buddy telefoneó la noche pasada, o incluso esta mañana?

—¿Y por qué habría de telefonearte así, de pronto? La noche pasada me dijiste que él se ha quedado todo un

mes en casa de su hermana. Y me dijiste que esta mañana se encuentra en Washington.

Ella le miró frunciendo el ceño.

—¿Todo eso te dije? Sí..., creo recordarlo. ¿Y qué más te dije?

—La gente siempre me está diciendo cosas. Soy un buen oyente, pequeña. Me gusta la gente, de veras. Me gusta escuchar sus problemas. Todo el mundo tiene problemas.

—De todos modos, hoy es viernes y tengo que ir a la oficina. ¡Y mi coche está en el club! Mi presencia va a ser más que conspicua cuando trate de sacar mi coche del muelle. Y con mi vestido largo azul...

—A bordo hay algunas ropas que te sentarán perfectamente. Tanto como el traje de baño. Hay camisetas, *shorts*... Debajo de esa otra litera. Busca allí y verás qué puedes encontrar. Y tranquilízate. Nadie te verá, salvo algunos de aquellos fenómenos que juegan al tenis a primera hora.

—Oye, ¿podemos emprender el regreso?

—Todavía no.

—¿Y por qué no?

—Cielo, ¿cuánto tiempo había pasado desde que tuvimos...?, ¿cómo lo llaman? ¿Una relación? ¿Tres años? ¿Cuatro?

—Vamos a ver. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que murió Cordell? Habría de ser hace cinco años, más bien, Tuck. Empezamos un mes después de que él se estrellara contra el árbol. Y pasamos juntos la mayor parte de un año.

—Entonces deberías recordar, capullito, cómo me caí cuando la gente insiste en hacerme preguntas tontas. Anda, relájate.

El pequeño yate se balanceó súbitamente, levantándose y meciéndose en el lento oleaje causado por un distante convoy de barcas que se dirigía hacia la embocadura. Lentamente, el yate recuperó su inmovilidad, pero se había columpiado lo suficiente en la línea de áncora como para

que se proyectara la luz matinal en la cara de ella. Restos de pintura de labios, restos de máscara. Era un rostro atractivo y vital, con facciones acusadas, una mandíbula voluntariosa y una frente despejada, pero exhibía las arrugas y pliegues de sus treinta y cinco años.

—Estoy hecha polvo —dijo—. Me siento fatal. Hacía años que no tomaba tanto vino. Me has despertado cuando chapoteabas por ahí. Creo que nadar un poco tal vez sea buena idea para comenzar la jornada. ¿De acuerdo? Pero no me quites la vista de encima. No me gusta nadar por ahí sin alguien que vigile.

Salió el sol mientras ella nadaba en ambas direcciones junto a la popa, unos diez metros cada vez, como si lo hiciera en una piscina pequeña en vez de disponer de la interminable serenidad del Sound. Trepó, se sentó a popa y se frotó la cara y los dientes con una esquina húmeda de la toalla que él le entregó.

—Será mejor que bajes y te arregles —indicó él.

—¿Nos marchamos?

—Tú baja. Yo lo haré dentro de un minuto y te diré lo que va a ocurrir, Helen. Y lo que tú tienes que hacer.

—¿Qué ocurre?

Él suspiró.

—Cállate y muévete.

Tucker se puso unos viejos pantalones caqui y una camisa blanca con rotos. Tenía su ropa buena en el armario de colgadores. Cuando bajó, ella estaba atendiendo su cara. Se había cepillado el pelo hacia atrás y había encontrado una blusa rosada y unos *shorts* blancos manchados de pintura verde, que él reconoció como los que una de sus nuevas había dejado a bordo hacía ya mucho tiempo.

—Bueno, he aquí lo que va a suceder, como dicen en la televisión. Un hombre va a reunirse aquí, conmigo, dentro de diez o quince minutos. Viene en un hidroavión. Es un hombre muy cuidadoso. El trato consistía en encontrarnos tan sólo él, yo y el piloto, pero no me gusta ese montaje.

Se supone que yo debo estar aquí solo, pero he decidido tener mejor compañía.

Ella le miró fijamente, con ojos que se estrechaban.

—¡Válgame Dios! Y yo que me había convencido de que eso era una especie de viaje sentimental... Una especie de idea delicada, debida a los buenos momentos que habíamos pasado juntos. ¡Tuck, eres un miserable hijo de puta! ¡Nadie puede ser peor que tú!

—Creo que podrías calificarlo como un impulso.

—Valiente impulso si todo estaba planeado. Explícame-lo.

—Lo que yo me disponía a hacer era pedirle a Mike Wasser que viniera conmigo.

—¿Quién es?

—Trabaja para mí. Un tipo hercúleo, que fue uno de los mejores delanteros de fútbol del estado. De todos modos, yo todavía no le había telefoneado para que se dejara caer en el club; estaba sentado allí, en la esquina de la barra, y entonces entraste tú con tu vestido azul y pensé que sería mucho más divertido que con Mike. Y lo ha sido, hasta ahora, cuando has empezado a dar guerra.

Observó cómo decidía ella cuál había de ser su reacción. Recordaba aquellas dos pequeñas y profundas arrugas verticales que aparecían en su entrecejo cuando seleccionaba el mejor papel a representar. Finalmente se echó a reír y meneó la cabeza.

—Eres único —dijo—. Un granuja de pies a cabeza. De acuerdo. ¿Qué debo hacer?

—Puedes seguir haciendo lo mismo hasta que americe el hidro, cosa que ya no puede tardar en producirse. Yo dejaré abierta esta escotilla para que él pueda echar un vistazo ahí y creer que no hay nadie. Quiero que te acurruques al pie de esa litera de babor, totalmente fuera de la vista. No harás ni el menor ruido. Y más tarde o más temprano te llamaré, y entonces subes a cubierta. Dedícale una dulce sonrisa. Se llama Wilbur Barley y trabaja para el gobierno, y

se mostrará un poco mosqueado. A partir de entonces, te bastará con escuchar. Eres una dama elegante, y me alegro de tenerte a bordo en vez de Mike.

Oyó el hidroavión antes de verlo. El sol se había situado por encima del horizonte y estaba consumiendo la niebla. El mar tenía un color plomizo que auguraba el azul que se impondría después. Un chaparrón de carnada brilló bajo el resplandor solar cuando algo la acometió, lanzándola al aire. Saludó con el brazo cuando el aparato describió un círculo sobre el yate; después se alejó, viró y regresó rozando el agua, tocándola, amerizando y situándose cerca del yate. A Tuck le divirtió observar que los números de identificación del aparato estaban cubiertos con cinta adhesiva. Barley era cauteloso.

Barley bajó al flotador de babor. Tuck le arrojó un cabo y tiraron de él hasta que las dos naves se acercaron lo bastante para que Barley pusiera pie en la plataforma, trepara al yugo de popa y de allí saltara a cubierta. El hidroavión se apartó y el piloto paró el motor, con lo que la mañana recuperó gran parte de su calma.

—¿Qué tal? —preguntó Tuck.

—¿Lo ha traído? —preguntó Wilbur Barley a su vez.

Era un hombre pálido y fofo, de unos treinta y cinco años, con cabellos rubios peinados hacia adelante, un bigotillo rubio y gafas con fina montura de oro. Era la tercera vez que Loomis veía a ese hombre. Las otras dos veces, en Biloxi, Wilbur Barley había llevado un traje gris pálido con chaleco, camisa blanca, corbata azul y unos mocasines negros y relucientes, con hebillas de bronce. Ahora ofrecía un aspecto insólito con sus pantalones blancos y zapatillas deportivas, y una camisa verde de mangas cortas con un caimán en la parte izquierda del pecho, y parecía exento de sincronización con el tiempo y el espacio, como un error de papel en una comedia de aficionados.

Loomis alargó la mano y, sonriendo, la mantuvo extendida hasta que Barley tuvo que aceptarla. Tuck estrechó aquella mano blanda y blanca, y dijo:

—Póngase cómodo, hombre. Siéntese aquí mismo. Deje que saque ese bañador. Supongo que no tenemos tanta prisa, ¿verdad?

—Oiga, señor Loomis, no quiero que me vean por ahí. Usted ya lo comprende.

—¿Y quién ha de verle? ¿Aquella gaviota? ¿Un pez, quizás? Los chicos del transporte apenas han zarpado, de modo que pasará media hora antes de que veamos alguno por aquí.

—Señor Loomis, ¿acaso trata de ganar tiempo porque no ha podido traer aquello?

—¿Y por qué no había de poder traerlo?

—No deja de tratarse de mucho dinero.

A Tuck le divertía la inocencia y furtividad del otro, con su claro intento de averiguar cuánto significaba el dinero para él.

—Supongo que cualquiera podría llamar a la mitad una suma respetable.

—La mitad no es aceptable.

—Vamos a ver, ¿y por qué no habría de serlo?

—Porque para conseguir la otra mitad tendríamos que planear un nuevo encuentro. Y una sola vez ya es bastante riesgo. Lo mejor será que arreglemos todo ese asunto ahora mismo.

Loomis suspiró, se dirigió hacia el timón y abrió con su llave el cajón plano que había debajo del panel de instrumentos. Sacó el grueso y pesado sobre y lo lanzó hacia el regazo de Barley. Éste alargó la mano y lo cogió antes de que cayera sobre la cubierta.

—La mitad —dijo Loomis—. En billetes de cien. No soy tan tonto, a pesar de lo que muchos tratarán de explicarle a usted. Si ese hidro pequeño y viejo se cae camino de casa, sólo me apenaré la mitad. Si descubre que no le es posible

hacer lo que usted creyera poder hacer, siempre podemos regatear acerca de cuánto de eso devuelve.

—¡Devolver! —exclamó Barley, escandalizado—. Estoy corriendo un riesgo terrible en mi carrera, y el riesgo es el mismo tanto si la cosa funciona como si no.

—Una cosa es segura. Si no funciona, se queda sin la otra mitad. Y si todo va bien, recibe el resto de manera tan fácil como segura. Sin esfuerzos y sin tensiones. Y lo más probable es que nunca más volvamos a vernos usted y yo.

Barley quitó la cinta adhesiva de la pestaña del sobre y examinó el contenido. Tucker Loomis notó un relajamiento interior. La visión del dinero siempre decide las cuestiones. Y observó que Barley hacía girar el asiento de pesca lo bastante para dar la espalda al hidro que le esperaba, antes de mirar el sobre y los dos voluminosos fajos.

—Eso no me gusta —dijo Barley.

—Wilbur, casi a todo el mundo le fastidia un poco asumir un riesgo. Los dos sabemos claramente lo que usted va a hacer. Va a asegurarse de que la Oficina del Fiscal de Estados Unidos juegue bien la bola cuando nos presentemos a juicio.

—Voy a *tratar* de asegurarme. No es cosa fácil hacer ver que... la cosa ocurrió precisamente así.

—Usted hará cuanto pueda, ¿me oye? ¡Helen, cielo! Sube y te presentaré a alguien.

Observó el rostro de Barley, mientras Helen, agachándose para esquivar la parte superior del marco, salía por la escotilla, sonriente.

—Cariño, te presento al señor Wilbur Barley, que trabaja para...

Barley se había levantado y en su rostro no quedaba ni traza de color.

—¡Le dije que estuviera solo, maldita sea! ¿Qué está tratando de hacer, grandísimo cabrón?

—No me gusta que me llamen cosas, Wilbur. Me enfurece mucho.

—También yo me siento enfurecido, señor Loomis.

—Puede usted confiar en Helen. Su presencia no debe preocuparle.

—No quería tener que preocuparme por nadie, excepto usted.

—Y con ello a mí me quedaba la preocupación de ustedes dos.

—Oh, el que pilota el avión es el marido de mi hermana.

—Y supongo que su hermana también está enterada de todo, ¿no?

—Lleva más de un año en coma.

—Lo siento.

—Se cayó en la bañera y se dio un golpe en la cabeza. Es un gasto terrible. Yo no me hubiera metido en eso si... Pero supongo que a usted no le importan un comino mis motivos.

—Bueno, yo me preguntaba por qué un hombre con su reputación de estricta rectitud podía estar dispuesto a llegar a un trato. Es reconfortante saber que no ha adquirido usted la costumbre de volar a Las Vegas o Atlantic City.

Barley miró fijamente a Helen y después a Loomis. Contempló la barandilla y Loomis supo que por un instante había cruzado por la cabeza de Barley el pensamiento de que tal vez fuese buena idea la de arrojar el paquete por la borda un gesto de desesperación. Parecía extrañamente próximo a estallar en llanto.

—¡Usted prometió estar solo!

Loomis le sonrió abiertamente.

—Supongo que le mentí. No debe preocuparse por Helen. Sólo se encuentra aquí por si en algún momento usted decidiera jurar que nunca vino. Esto es todo. Ella es tan sólo una medida de precaución, ¿no es así, mujercita?

—Si tú lo dices, Tuck. Celebro haberle conocido, señor Barley.

Él la miró fijamente durante diez largos segundos y a continuación asintió con la cabeza. Sacó los faldones de su verde camisa fuera del pantalón, guardó el sobre junto a su vientre redondo y volvió a meter la camisa.

—No intente ponerse en contacto conmigo, cualquiera que sea el medio, hasta que haya terminado el proceso. ¿Está claro?

—No emplee conmigo ese tono de fiscal, Wilbur. Llame a su cuñado y aléjense de aquí.

Tuck y Helen Yoder, juntos los dos, vieron como el pequeño hidroavión, tras dejar oír su motor, se deslizaba y elevaba; después describió una curva poco pronunciada y tomó la dirección noroeste.

El agua se estaba tornando azul y una brisa rizaba su superficie. La costa continental quedaba oculta por niebla y nubes. Mal tiempo cuando anoheciera. El pronóstico de la marina había sido exacto. Pasó su gruesa mano a lo largo de la espalda de Helen y dio un cordial y fuerte apretón a la nalga más distante.

—¡Eh! —exclamó ella, apartándose—. Hoy tengo que ir a trabajar, de veras. Tengo varias citas concertadas.

—A mi menor contacto amoroso, siempre piensas que me dispongo a saltar sobre ti.

—Así habías sido siempre.

—Pero ahora tengo cincuenta y ocho años, malditos sean.

—¿Podemos marcharnos ya? ¡Por favor!

—Trasládate a proa y acompaña la cuerda del ancla mientras yo tiro de ella. Si no se suelta, das una vuelta...

—Tal como habré hecho antes un par de miles de veces.

Él puso en marcha los motores dentro-fuera borda mientras ella se dirigía a proa. Mientras maniobraba hacia el gancho, se dio cuenta de la satisfacción que le había producido la reacción de Wilbur Barley. A partir del primer

contacto, había existido la posibilidad de que estuvieran tratando de prepararle una trampa. Soborno de un funcionario federal. Un piloto con una cámara de teleobjetivo. Pero el pequeño y regordete Wilbur había salido de todo ello como un campeón. La aparición repentina de Helen había constituido la prueba de fuerza, puesto que, de haberse tratado de una trampa, Barley habría comprendido en el acto que la mujer podía ofrecer falsa información en una declaración jurada capaz de lograr que las dentadas mandíbulas de la trampa se cerraran en el aire. Wilbur hubiera tenido que ser un actor teatral de primerísima fila para arrosar la situación tal como lo hizo.

Y, además de su ayuda esta vez, nunca se sabía cuándo podía interesar tener a alguien bien situado en las esferas de Wilbur para cualquier cosa que pudiera surgir en el futuro. Había personas en Jackson, Biloxi y Washington a las que había llegado a agradar hacerle favores a Tuck Loomis, a cambio de otros favores para ellos. Así era como se llegaba a ocupar un asiento de propiedad para presenciar el juego.

Vio que Helen se inclinaba y sacaba el ánora del agua, procurando mantenerla apartada del casco. Alzó la pequeña escotilla delantera y guardó el ánora en ella. Cuando ella volvió a la cabina, Tucker accionó hacia adelante ambos mandos y, cuando tuvo orientada la embarcación, los empujó de nuevo y los equilibró a 2.800 revoluciones.

Ella se había situado a su lado, con una mano sobre su hombro.

—Supongo que no debiera preguntar de qué se trataba todo esto, ¿verdad?

Tuvo que apoyarse en él y hablar a gritos para dominar el rugido de los motores.

—Tu suposición es exacta.

—¿Es la expiación de Bernard Island, no es esto?

—No me gustan las mujeres que se las dan de listas.

—Tal como le dijiste a Barley, puedes confiar en Helen.